

# 300

# barcelona/s

Desde su número 1, publicado el 19 de junio del 2002, *Cultura/s* ha afirmado un espacio público. Su objetivo principal es proponer diversas ópticas sobre el mundo a través de la producción cultural, con una actitud que entiende que el territorio de la cultura lo define la amplitud de la mirada, la capacidad de sentirnos implicados en las corrientes contemporáneas de pensamiento allí donde se produzcan. En estos 300 números hemos mantenido un objetivo primordial: no ser el escaparate de lo que sucede sino explorar todas las posibilidades de reflexión y cambio que ofrece un suplemento cultural de un diario como *La Vanguardia*, y convertir así el propio suplemento en instrumento de creación escrita y visual. Una prueba de ello son los 300 documentales de autores distintos que han ocupado nuestras páginas centrales o los trabajos especiales que Allan Sekula, José Luis Guerín, Bruno Serralongue, Perejaume o Ignasi Aballí realizaron en su momento en las páginas de obertura temática y que después han tenido una vida autónoma por los circuitos artísticos. O los números monográficos dedicados a las ferias del libro de Guadalajara y Frankfurt, donde la cultura catalana se confrontaba a los diversos modelos de ser narrada. Hemos querido que este número fuera también especial, con una línea temática única, la de la ciudad desde donde se concibe y produce, Barcelona, con una contribución al actual debate sobre su futuro. Este número parte de la convicción de que quizás en una ciudad como Barcelona se anticipan algunas de las cuestiones paradójicas que afectan al conjunto de la cultura urbana.

- ↑ Fundació Joan Miró
- ↑ Av. Estadi
- ↑ Pg. Olímpic
- ↑ Pg. Santa Madrona
- ↑ Museus
- ↑ Pl. Espanya



**Barcelona, cuya transformación olímpica cosechó premios internacionales, suscita desde hace años descontento y críticas. ¿Qué ha cambiado? ¿Cómo ha evolucionado el 'modelo Barcelona'?**

## Los modelos y lo modélico

**LLÀTZER MOIX**

¿De qué hablamos cuando hablamos del *modelo Barcelona*? En los 90, tras la transformación olímpica, esta pregunta solía recibir la siguiente respuesta: el modelo Barcelona define una política urbanística y arquitectónica aplicada bajo control público. Dicho método rozaba, ciertamente, el despotismo ilustrado. Pero la calidad de sus resultados –modernizar Barcelona sin perder escala humana, reequilibrar los polos de crecimiento y dignificar el centro y la periferia– granjeó premios internacionales.

Entrado el siglo XXI, las cosas han cambiado. Cuando se habla del *modelo Barcelona* se alude, con frecuencia, a sus perfiles sociales. Y desde determinados colectivos se habla en tono muy crítico, sin que les falten razones. La segunda mitad de los 90 nos trajo el desbochado boom inmobiliario, por una

parte, y, por otra, la eclosión del *altermundismo*. En este marco de pérdida de control público sobre el espacio comunitario y de descontento de los nuevos parias –parados, mileuristas, sin acceso a vivienda propia...– el Ayuntamiento de Barcelona organizó el *Fòrum 2004*. Dicha iniciativa, apoyada en un ideario apto para cooperantes, se vio lastrada por esos sectores críticos que, con odio irreconciliable o credo nacionalista, reducen cualquier política municipal a la construcción de imágenes y máscaras tras las que ocultar el rostro de la especulación. Resumiendo: en 1992 la ciudad parecía caminar en la dirección adecuada; por el contrario, en el 2008, una parte de sus habitantes cree que la *modélica* Barcelona es una falacia, partida



por un abismo social, y así lo manifiesta ante propios y extraños. Esta percepción va filtrándose ya en una prensa foránea que antaño sólo se refería a la ciudad para elogiarla. ¿A qué se debe este giro? ¿Refleja con precisión la realidad?

Quizás ayude a contestar estas preguntas (al menos, la primera) un desapasionado análisis de cuatro fases que ha atravesado la ciudad desde 1979; un análisis que arroja unas conclusiones preocupantes y otras esperanzadoras. En la primera fase (1979-92), Barcelona superó el modelo franquista de crecimiento insolidario y se transformó bajo control municipal, orientado por muy cualificados profesionales. Los Juegos Olímpicos de 1992, gestionados con escasa mácula, coronaron el éxito de esta fase y pusieron a Barcelona en el mapa contemporáneo, que es también –¡ay!– el de la voracidad financiera y los vuelos de bajo coste.

En la segunda fase (1993-1997), el control público flojeó. El Ayuntamiento, deseoso de mantener la ilusión ciudadana, cortó otros eventos del calendario internacional. Pero, tras recibir calabazas, optó por inventar sus acontecimientos. Todo ello, en unos años en que las arcas municipales, algo renqueantes tras los JJ.OO., cedían paso –y poder– a la iniciativa privada. Y mientras el turismo amenazaba convertir la ciudad de los prodigios en la de los camareros.

En la tercera fase (1997-2004), el gran agente de transformación de la ciudad fueron los promotores inmobiliarios privados que operaron con afán de lucro particular,

aunque para satisfacerlo hubiera que construir Diagonal Mar, ominosa violación a domicilio del *modelo Barcelona*. Eso, en lo urbanístico. En lo social, gracias a la implantación del trabajo basura y a las alzas del precio de la vivienda, el balance no fue mejor. Y la contradicción entre el *bonismo* del Fórum y las condiciones de vida de los colectivos desfavorecidos abrió heridas en las que se sigue echando sal.

Así llegamos a la cuarta fase, que en parte se solapó con la tercera. Porque fue en el 2000 cuando un grupo de ingenieros, abogados y urbanistas convenció al Ayuntamiento para revisar el plan general de Poble Nou. Y, contra todo pronóstico, logró que se implementara un polo de desarrollo asociado a

### Aceptar que la ciudad es el escenario del conflicto no debe hacernos olvidar que es también el de la convivencia; o viceversa

la comunicación, las nuevas tecnologías, la biomedicina y la energía, allí donde se iban a levantar, exclusivamente, más viviendas y oficinas. Es decir, el distrito 22 @, núcleo con futuro en la red de ciudades que ya es el mundo.

Este factor global es determinante a la hora de analizar el modelo o la identidad que Barcelona está adquiriendo en el siglo XXI. Hoy es imposible vivir de espaldas al mundo, en refugios autárquicos. Para algunos, la identidad de Barcelona sigue anclada en referentes románticos. Pero, en realidad, depende cada día más de factores externos. De hecho, el equipo local no puede

jugar en otro terreno sino en el global. Puede, eso sí, elegir su estilo de juego y de vida –su modelo–. Y, a tal fin, debe consolidar y mejorar los pilares que sustentan su identidad, su ambición y su atractivo.

El primero de esos pilares se basa en las condiciones naturales de nuestro solar: en algo tan prosaico como la posibilidad de almorzar casi todo el año al sol, junto al mar, a pocos kilómetros de un aeropuerto relativamente bien conectado; quizás los nativos olvidemos este privilegio, pero los forasteros criados bajo cielos invernales lo envidian. El segundo pilar está relacionado con la capacidad de Barcelona para seducir, además de a turistas dipsómanos, a profesionales con talento; algo que puede conse-

guirse si la ciudad atrae antes iniciativas o empresas punteras. Para que esto sea posible y legítimo (tercer pilar o condición) es preciso que Barcelona sepa combinar el control público con la participación ciudadana –profesional, popular o financiera– en sus procesos de desarrollo; que los políticos repartan juego y se preocupen más por acompañar fuerzas que por someter al control del partido gobernante los polos de futuro (como ha sucedido, recientemente, en el 22@); también conviene que los mejores estamentos profesionales, culturales, universitarios o científicos amplíen su compromiso ciuda-

dano; que los sectores populares disconformes propongan políticas alternativas viables (deseable mayoría de edad de toda opción crítica); y que los agentes económicos aprendan –o sean obligados– de una vez por todas a trabajar con objetivos comunes.

Pedir todo eso quizás parezca pedir demasiado. Ahora bien, ¿vamos por ello a dejar de pedirlo? Aceptar que la ciudad es el escenario del conflicto no debe hacernos olvidar que es también el de la convivencia. O viceversa. Y si algo prueba la evolución de Barcelona y de su modelo es que todos los agentes implicados en ella dejaron su huella. La dejó el poder cuando pilotó la primera transformación urbana de la democracia; la dejaron los promotores privados (aunque de vario signo, según actuaron bajo batuta pública o a sus anchas); la han dejado los profesionales que propiciaron el nacimiento del 22@; y deben dejarla los críticos que desean otro modelo de crecimiento. Estos son motivos para la esperanza. Y lo son para la preocupación las insuficiencias de la política municipal en pro de la cohesión y la creatividad. O la percepción de quienes pretenden que aceptar un pacto eventual –y no digamos el *demoníaco* consenso– supone el harakiri de la disidencia.

En cualquier caso, la partida sigue abierta y todos deberían hallar su lugar en la mesa. Sin abusos, exclusiones, maximalismos ni odios: sin olvidar que vivimos en un mundo complejo, en el que los modelos pueden progresar, pero raramente alcanzan niveles *modélicos*. |

Las imágenes que acompañan este artículo y las dos páginas siguientes pertenecen a obras de Albert Vidal, que pinta paisajes urbanos a partir de imágenes obtenidas desde el aire. En esta página, 'Diagonal'. En páginas siguientes, 'Barcelona (frágil)' y 'Gòtic'



### Industria y laboratorio

## ¿Una capital creativa?

SERGIO VILA-SANJUÁN

En ciertos momentos de los años 60 y 70, algunos soñaron que de cara a un futuro democrático Barcelona podría configurarse como la capital cultural y de negocios de España dejando a Madrid como la administrativo-política, repitiendo el esquema norteamericano de Nueva York y Washington. Las cosas, luego, no fueron así, entre otras razones porque ni Madrid quiso conformarse con destino tan triste ni el nacionalismo catalán en el poder democrático dejó nunca de mirar con cierto recelo la idea de vender Barcelona como capital de España en cualquier terreno.

Y sin embargo ésta, aunque con altibajos, sigue siendo claramente una ciudad de creación, tanto por la incidencia de al menos parte de su producción editorial, teatral, plástica o audiovisual, como por

que las industrias culturales representan el 20% de su producto interior bruto: un estudio del economista J.R. Lasuén para el Pla Estratégic Metropolità en el 2004 sobre prioridades barcelonesas daba un primer lugar a los sectores creativos. Pese a ello, y aunque la apuesta institucional por la cultura ha ido a más, no se ha llegado a afirmar prioritariamente su calidad de *creative capital*, como hace el Gobierno británico con Londres al tiempo que invierte chorros de dinero en potenciarla como tal.

¿Cómo se define institucionalmente la dinámica cultural barcelonesa? Desde instancias municipales el relato es el siguiente: entre 1979 y 1985 primó la participación popular y la recuperación de fiestas emblemáticas (la Mercè, el Grec...) Una segunda etapa (1985-95) retomó el proyecto noucentista, centrándose en los equipamientos (Macba, MNAC, Auditori) generalmente a través de consorcios de varias instituciones. En la tercera, 1996-2005, se percibe la cultura

**El Ayuntamiento, la Generalitat y el área metropolitana deberían fijar una estrategia cultural común**

como motor de desarrollo, una noción que pasará al programa del PSC y de ahí al del PSOE; los proyectos emblemáticos son el plan de Bibliotecas o el año Gaudí (y el discutido Fòrum). En la fase actual se apuesta por intensificar la calidad, pensando la ciudad como laboratorio cultural, y su proyecto estrella reconvertirá la Fabra i Coats en una fábrica para la creación.

¿Qué falta? Uno diría que sobre todo una visión estratégica compartida. El Estado aporta cada año 20 millones de euros a temas culturales barceloneses. El Institut de Cultura del Ayuntamiento, más de 100 millones. La Generalitat dedica 66 millones a equipamientos, y más de 20 a subvenciones, pero no tiene una política cultural específica para la ciudad. Los ayuntamientos de la Gran Barcelona están invirtiendo mucho en cultura, pero sin una estructura que sincronice sus esfuerzos entre sí y con los de la Casa Gran. Que todas estas instancias agrupen de forma sistemática sus energías fijando metas comunes (y aumentando los recursos para que, por ejemplo, la temporada de grandes exposiciones barcelonesa sea como mínimo competitiva con la de Madrid) es posiblemente la asignatura pendiente para hacer de Barcelona una *creative capital* con turpotencia real. |

### Materia y forma

## Entre tiendas y hoteles

JORDI BALLÓ

Deambulaba por la librería del auditorio musical construido por Frank Gehry en Los Ángeles y me paré en el apartado dedicado a las guías de diferentes ciudades del mundo. Una de ellas estaba centrada en Barcelona. Le di una ojeada, con este sentimiento mixto de cuando ves tu ciudad desde la extranjería. Me sorprendió que la gran mayoría de iconos destacados en esta guía de la ciudad tuvieran que ver con tiendas o con hoteles. Sin mensaje sobre lo público: donde antes hubiera prevalecido un discurso sobre las plazas duras, la obertura al mar o los nuevos edificios singulares, ahora reinaba el servicio al visitante y la invitación a consumir. La tienda se convertía así en paradigma conceptual de la nueva Barcelona, sin ninguna duda "la millor botiga del món".



Pero si Barcelona es sobre todo una tienda, ¿qué vende? No parece que esto sea significativo. Porque es mucho más fácil proponer una idea visual del escaparate que tratar de informar de los procesos de fabricación industrial que convierten el producto final en una obra de creación singularizada. Al renunciar en la práctica a promover el objeto a vender y la personalidad de su proceso, se difunde la idea de que Barcelona es un gran centro de distribución que no produce, o que si lo hace, este producto se centra esencialmente en su forma, en el diseño entendido a la manera clásica, no en su materia, ni en las posibilidades creativas.

La exposición *Mater* ([mater.fadweb.org](http://mater.fadweb.org)) que se realiza en el Foment de les Arts i el Disseny (FAD) de Barcelona reúne a la vanguardia de la creación industrial española, y muy particularmente a la catalana. Se trata de sumar experiencias punta en diferentes campos de investigación aplicada, todas ellas alrededor del trabajo con los

materiales diversos que producen efectos de mejora sobre nuestra vida cotidiana. La exposición circula por el camino contrario al de la política de la tienda, aunque finalmente pudiera necesitar de ella. En *Mater* se trata de demostrar que la creatividad y la investigación de las materias es mucho más importante que el diseño formal del producto final, algo que rompe radicalmente con la estética del escaparate. Pero, pese a este ir a contracorriente, la exposición rezuma un tipo de optimismo que se contraponen a los valores tradicionales que solemos aplicar a la hora de pontificar sobre la bondad intrínseca del producto que adquirimos. *Mater* expone la dificultad de expresar el proceso de investigación de algo que aún no es tangible y rompe con la prepotencia de la forma. Es un contundente discurso de humildad contra los excesos del diseño del objeto entendido como algo opaco, que no deja entrever cómo se llegó a él en el momento de convertirse en mercancía.

He aquí un tema pendiente: saber encontrar la manera de valorar la creación material por encima del resultado. Y, en este proceso de materialización, no contentarse con proponer el icono del lugar de venta, sino explorar todos los caminos que nos han conducido a él. |

**Barcelona se difunde como gran centro de distribución que, si produce, lo hace centrado en la forma**

### Immigración

## La ciudad sin príncipe

XAVIER ANTICH

En sólo una década, entre 1996 y el 2007, la población extranjera censada en Barcelona ha pasado de casi treinta mil a más de doscientos cincuenta mil. En porcentaje relativo al total del padrón, del 1,9% al 15,6%. El cambio es, a todas luces, espectacular. Y sobre todo visible: el paisaje de la ciudad ha cambiado de forma radical en su tejido humano y social. Empezando por su aspecto más superficial: donde antes sólo había restaurantes chinos y pizzerías, ahora hay una variadísima oferta de cocina internacional que va de la japonesa o vietnamita hasta las más diferentes modalidades de cocina africana o latinoamericana, pasando, por supuesto, por la asiática y árabe. Pero más allá de la anécdota: el tradicional *botiguer* ha pasado a convivir con el pakistaní que regenta un colma-

do, el carnicero libanés o la frutera china. Y, en las escuelas, sobre todo públicas, conviven estudiantes de origen familiar muy diverso y, en casos, remoto, fenómeno que está modificando nuestra relación con las diferencias, que ya forman parte de la piel de la propia ciudad.

Barcelona ha pasado a convertirse en un muy variado lugar de convivencia de identidades, lenguas y culturas, más allá del tópico bilingüismo con el que a menudo se la pretende simplificar. Y esto ha sucedido, a pesar de los profetas del apocalipsis, sin traumas importantes y sin conflictos que lamentar. Sobre todo, por dos poderosas razones que han contribuido a la cohesión social: por una parte, la tradicional hospitalidad de la ciudad, ya curtida, en diversos momentos claves de su historia, a acoger el tra-

**Barcelona ha aprendido a convivir con más diferencias culturales de las que nunca pudo imaginar**

zo de las diferencias con las que, al cabo, ha acabado por definirse; y, por otra parte, el modelo educativo catalán de inmersión lingüística, que ha gozado de los mayores elogios en todos los ámbitos internacionales de profesionales pedagógicos y que, aquí, sólo es cuestionado por algún sector muy minoritario entre ciertos gimnastas de la insensatez.

Barcelona ha aprendido a convivir con más diferencias culturales de las que nunca pudo imaginar. Signo de los tiempos, es cierto. Pero también lo es, a tenor de lo sucedido en ciudades como Londres o París, que este proceso no siempre está exento de traumas y conflictos, a veces incluso violentos. Y, en el caso de Barcelona, tal vez ello se deba, también, a no haber tenido institucionalmente del todo claro el modelo que debía regir este incremento, algo repentino e imprevisto, de población tan diversa. La falta de modelo ha sido, hasta ahora, la garantía del éxito. Lejos del buenismo y de la sociedad policial, frente a la opción del multiculturalismo que preserva las diferentes identidades de origen en un marco de una cierta tolerancia fría o indiferente y, también, frente al modelo de la integración dura que pretende disolver las precedencias en la identidad de acogida, la cosa ha quedado, algo improvisadamente, en manos de iniciativas sociales, civiles y educativas, que han cargado con buena parte de la tarea y que, al cabo, son las merecedoras del éxito. Como todo lo que es difuso y algo incontrolado, nadie puede arrogarse el mérito del diseño de esta nueva arquitectura ni de la música de esta partitura colectiva que, ahora, son ya las nuestras. |